



Agricultura y ganadería sostenibles

Juan José Badiola Diez

Catedrático de la Facultad de Veterinaria de la Universidad de Zaragoza . Presidente de la Agencia Aragonesa de Seguridad Alimentaria

El desarrollo rural es uno de los grandes retos de la España actual y un objetivo ineludible de afrontar en Aragón. De tal suerte que si esa meta imprescindible no se consigue, una gran parte del territorio quedará definitivamente abandonado y con muy escasas posibilidades de recuperación.

Es evidente que la tendencia de abandono del agro, iniciada hace ya varias décadas, ha sido un fenómeno continuo e imparable que ha conducido a una situación de todo punto insostenible en la España interior a la que es preciso poner fin. Este fenómeno no ha tenido parangón en los países europeos de nuestro entorno y por ello nos sitúa en una posición singular que es preciso corregir.

Aragón es un extenso territorio con uno de los desequilibrios de población más marcados de España, con una gran concentración en el centro y una despoblación dramática en el resto, salvo algunos escasos núcleos urbanos. Es por ello por lo que es preciso aplicar medidas correctoras urgentes que traten de cambiar el sentido de esa tendencia si se desea lograr un crecimiento armónico y equilibrado.

Las políticas de desarrollo rural incluyen medidas de variada índole que no solo se refieren a la agricultura y a la ganadería, sino también a la agroindustria, al patrimonio, al medio ambiente, al turismo, etc. Pero lo que no cabe duda es que una de las apuestas claves consiste en las actuaciones directas en el ámbito agrícola y ganadero.

Aragón ha ocupado en las últimas décadas una posición de liderazgo en el proceso de modernización de la agricultura y el de la industrialización de la ganadería aplicando tecnologías punteras en el ámbito de la fertilización, el riego, la maquinaria agrícola, la selección genética, el control de enfermedades, la reproducción y la alimentación. Ello ha permitido que se lograran niveles de producción extraordinariamente competitivos y que haya sido considerado un referente en materia agroganadera. Todo ello ha permitido que la población rural haya alcanzado estándares de vida más que aceptables.

Pero las antiguas recetas ya no son plenamente válidas para ser usadas en la situación actual, pues han sido muchos y variados los cambios que se han producido en el ámbito agroalimentario. Esos cambios han sido de muy diversa índole.

Así, se ha modificado la posición y el papel que desempeñaban los consumidores de los productos agrícolas y ganaderos, que han pasado de ser unos elementos pasivos, es decir meros receptores de los productos agrarios, a ser verdaderos protagonistas de la cadena alimentaria, que desean tener un pleno conocimiento de cómo se producen los alimentos e incluso expresar su opinión de cómo deberían producirse. Y no solamente eso sino que a través de sus decisiones de comprar o no un alimento determinado, se han convertido en auténticos jueces de la cadena alimentaria.

Otro cambio importante ha sido la naturaleza del alimento que se consume, que ha evolucionado desde un predominio de los alimentos frescos a los transformados. Ello ha implicado la introducción de un complejo sistema de elaboración que entraña la existencia de un sector industrializador de gran importancia capaz de responder a esa

demanda creciente.

La internacionalización del mercado agrario y alimentario ha modificado completamente el escenario y las perspectivas de colocación en el mercado de productos que hasta hace poco tiempo no tenían apenas dificultades. En este nuevo escenario alimentos producidos en lugares lejanos a precios mucho más bajos debidos fundamentalmente a los bajos costes laborales, entran en competencia con los producidos en nuestro país.

En el mundo de la ganadería nuevos conceptos tales como el bienestar animal han emergido de forma decidida y han influido en la estructura de las explotaciones ganaderas y en las superficies mínimas que deben asignarse a las distintas unidades animales de la granja. Similares implicaciones han tenido lugar con respecto al transporte animal y en las condiciones mínimas de bienestar que deben proporcionarse.

La sanidad animal, que ya era importante antaño por su incidencia en las producciones ganaderas, debido a las pérdidas que provocaban a causa de la propia enfermedad, el coste de los tratamientos y las bajas que se producían en las explotaciones, ha adquirido una nueva dimensión, no solo dependiente de dichas pérdidas, sino por erigirse en una de las barreras más importantes para la movilidad animal y para el comercio internacional de productos animales e incluso vegetales.

Otras situaciones tales como las limitaciones crecientes en la utilización de productos medicamentosos diversos, y muy en particular de los antibióticos, se han constituido en circunstancias añadidas que han obligado a generar nuevas estrategias en los tratamientos de enfermedades y nuevas pautas de carencia en el suministro de productos ganaderos al mercado (leche, carne, huevos, etc.).

Parecidas situaciones se han producido en la sensibilidad de los consumidores hacia el uso de diversos productos fitosanitarios en la producción agrícola que va a obligar a establecer normativas que procuren una gradual limitación en su uso.

La sensibilidad por el medio ambiente está teniendo una importancia decisiva en las prácticas agroganaderas, de suerte que en la actualidad no se concibe y desde luego no se subvenciona, ninguna producción agrícola ni una explotación ganadera que contribuya a dañar el medio ambiente. Estrictas medidas de control por razones medioambientales han llegado a limitar la expansión de alguna especie ganadera como es el caso del porcino. La sensibilidad europea en materia agroganadera, que inclina su preocupación por las cuestiones medioambientales y que tiende a aplicar el principio de precaución, ha establecido normativas que en ocasiones han supuesto cambios muy notables y en ocasiones costosos como es el caso de la eliminación de cadáveres animales.

La Política Agraria Común ha sido un factor determinante en los criterios de producción agropecuaria en España desde nuestra entrada en la Unión Europea al estar acompañada de una serie de ayudas en varios sectores. Pero la mejora de la renta económica española, el acceso de nuevos países a la Unión que van a requerir esas ayu-

das, y los cambios que se vislumbran en los criterios de aplicación de dicha política van a tener una incidencia muy importante en el ya próximo futuro en la producción agraria de nuestro país y desde luego en Aragón.

Pero además de todo lo dicho, los dos factores que van a condicionar decisivamente en el próximo futuro la producción agroganadera los próximos años van a ser la preocupación creciente de los consumidores por la seguridad de los alimentos que se producen para el consumo humano y las expectativas de calidad que los consumidores plantean a la producción alimentaria.

En efecto, los consumidores tienen una preocupación creciente por la seguridad de los alimentos, hasta el punto de ser uno de los referentes claves a la hora de su elección alimentaria. La realidad es que éstos desconfían de la cadena alimentaria tras las crisis vividas en los últimos años. Creen que los productores de alimentos priorizan los intereses económicos sobre la seguridad de los mismos. Esa percepción se explicita de una manera muy manifiesta cuando sobreviene una crisis alimentaria, pero está presente aunque no lo parezca en situaciones de normalidad.

En relación con ello, es evidente que los consumidores tienen el derecho a recibir una amplia gama de productos seguros, para lo cual todos los agentes de la cadena alimentaria tienen que tratar de conseguir ese objetivo. Esa responsabilidad comienza por los propios agricultores y ganaderos que deben esforzarse por producir de acuerdo con criterios y prácticas compatibles con ese objetivo, si realmente desean que los consumidores confíen en sus productos y los adquieran sin ningún tipo de reticencia. Es cierto que esta responsabilidad no recae sólo sobre el sector primario, sino que la industria transformadora, los distribuidores, el transporte y la comercialización también tienen que asumir esa responsabilidad.

Por otra parte, los ciudadanos desean cada vez más consumir alimentos de mayor calidad y con mejores características organolépticas. Con toda probabilidad, ello se va a ver acompañado de una disminución en la cantidad de alimentos a adquirir y consumir, lo cual es coherente con las nuevas tendencias que se observan en ciertos segmentos de la población de nuestro país que por razones estéticas y de salud son contrarios al exceso de ingesta y al exceso de peso.

Entre las expectativas de los consumidores hacia los alimentos que consume se está abriendo paso el deseo de que los alimentos no sólo cumplan un efecto nutritivo o satisfagan el placer de su consumo por su sazón, sino que tengan un efecto beneficioso para la salud, constituyéndose en parte como alimentos y en parte como medicamentos. De ahí que los alimentos funcionales hayan pasado de ser un elemento anecdótico a empezar a constituirse como una producción que cada vez alcanza una mayor rentabilidad para quienes los producen.

Ante este panorama descrito, ¿qué alternativas tiene la agricultura y la ganadería en Aragón? Creo que las únicas viables son aquellas que están en sintonía con las tendencias del mercado agroalimentario y son acordes con las nuevas sensibilidades de los consumidores.

La primera y fundamental es producir de acuerdo con los postulados de la seguridad alimentaria, es decir llevando a cabo prácticas adecuadas y prudentes, tanto en la producción agrícola como ganadera. Por ello, resulta necesario un uso prudente de los productos fitosanitarios, la cuidada producción de materias primas y elaboración de los piensos animales, la rigurosa implantación de la identificación animal, la vigilancia y el control estricto de las enfermedades animales, y muy en particular de las zoonosis, y el respeto de las normas de utilización de los medicamentos animales.

Es indudable que la disponibilidad en cantidad suficiente de una



variada gama de alimentos se ha debido en buena parte a la intensificación de las producciones agrícolas y ganaderas, pero en la actualidad parece conveniente llevar a cabo una cierta desintensificación de esos procesos, porque el objetivo en la actualidad no es producir grandes cantidades de alimentos, sino que éstos sean de calidad y que así sean reconocidos por los consumidores.

Ello no quiere decir en absoluto que haya que renunciar a los avances logrados a lo largo de estas últimas décadas, pero es cierto que en ese proceso de intensificación de la producción agraria se han perdido elementos de calidad e incluso se han creado situaciones muy próximas al riesgo sanitario. Podrían citarse algunos ejemplos ilustrativos.

En este sentido no parece descabellado apostar por un mayor grado de extensificación en algunas producciones e incluso por un gradual y mayor desarrollo de la agricultura y ganadería ecológicas. Estos mercados, aunque con una cierta lentitud en nuestro país, se están abriendo paso de una manera decidida y creo que irreversible.

Aunque en algunas especies animales o variedades vegetales el patrimonio genético propio casi se ha perdido, creo que es necesario hacer un redoblado esfuerzo por recuperar y mejorar nuestras razas y variedades autóctonas. Esto es posible y necesario, pues aparte de suponer una obligación ineludible conservar lo que es nuestro, estas razas y variedades pueden suponer piezas claves para conseguir productos de especial calidad que se constituyan en alimentos particularmente competitivos en el futuro. Ejemplos sobrados existen en otros lugares.

La mejora de la calidad de los alimentos, como ya se ha dicho, constituye una expectativa de los consumidores. Por ello, los productores agrícolas y ganaderos deben esforzarse en trabajar persiguiendo ese objetivo. En este sentido, creo que producir materias primas de calidad y tratar de elaborarlas hasta obtener productos selectos, muy atractivos para el mercado, supone una oportunidad de obtener un valor añadido que permitirá alcanzar un alto nivel de rentabilidad en las explotaciones y mejorar el nivel de vida. El ejemplo vivido en Aragón en el sector vitivinícola, es a mi juicio muy ilustrativo. Oportunidades similares pueden tener lugar y en parte las están ya teniendo en otros sectores como el cárnico, lácteo, hortofrutícola, etc.

En muchas de estas operaciones resulta indispensable aplicar los avances tecnológicos existentes, pero algo aún más importante es aplicar la herramienta de la investigación a muchas de las cuestiones citadas. Afortunadamente Aragón cuenta con importantes recursos de investigación de gran calidad y experiencia, tanto en la Universidad de Zaragoza como en el Campus de Aula Dei. Creo que sería un error olvidarse de ello y sobre todo no utilizarlos sabiendo que existen y están a disposición.

Por último, creo que es una obviedad recordar lo importante que resulta la comunicación en la sociedad actual. De suerte que aquello que no se conoce es como si no existiera. El sector agrario debe hacer un gran esfuerzo por comunicar a los ciudadanos su realidad sin complejos y los riesgos que supone para una sociedad prescindir del mundo rural. Comunicar sus logros, proyectos y apuestas de futuro. Y también sus dificultades, limitaciones y aspiraciones.

A ese respecto, creo que el mundo rural debe conseguir que los medios de comunicación sean sus principales aliados en esa tarea de dar a conocer su realidad y conseguir así una imagen favorable y comprensiva, que haga justicia a los esfuerzos de tantas personas que han decidido apostar por vivir en y de ese medio. Creo que en Aragón, con una acendrada tradición rural, es lo menos que puede esperarse.